



LAS FAMOSAS REGATAS DE TRAINERAS



El origen de las regatas de traineras va íntimamente ligado a unas faenas de pesca: las de la sardina. Durante todo el siglo XIX y parte del XX, los patrones del Cantábrico y la costa septentrional del Atlántico ignoraban que la gasolina pudiera cantar su alegre run-run en el motor para ir a la aventura mar adentro. Entonces, el motor eran las velas y los brazos de los remeros. El viento era quien había de guiar a puerto seguro —o al naufragio— a la embarcación. En la literatura medieval, en los viejos cancioneros galaico-portugueses, figura este verso, que aún hoy se canta en las aldeas marineras de Galicia:

Nosa señora d'a Barca
Dánolo vento de popa
Que somos os de Mugaro
Traemos a vela rota.

Habían quedado rendidos los marineros sobre las "tostas"; la vela, rasgada por el viento; de nada servía. Solo la voluntad de Dios mandaba en la vida de aquellos argonautas. A Nuestra Señora de la Barca —¡que bella advocación!— le piden interceda por ellos ante su Hijo.

* * *

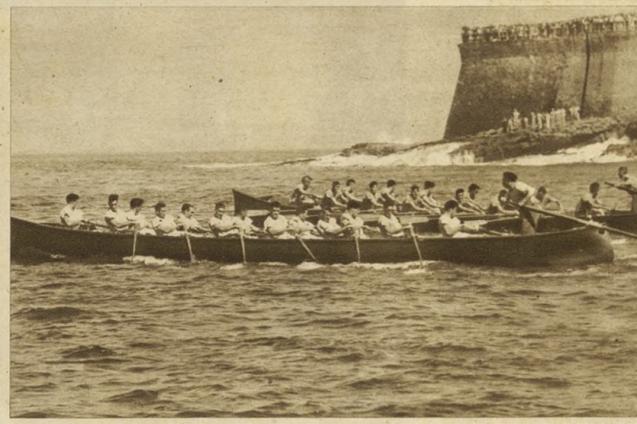
Pero la pesca de la sardina era también competencia. De ahí el origen que deportivamente tuvieron más tarde las regatas de traineras, pues el deporte es lucha.

Sucedía a veces que se sabía de un banco de sardinas. Hacia allá salía la trainera, con su dotación de remeros y el patrón como timonel. Pero, al mismo tiempo, la noticia de la presa había llegado al pueblo de al lado y, quizás también, a un tercero. Llegar antes, localizar exactamente el banco; realizar velozmente las faenas de pesca y... regresar, regresar con la mayor celeridad a puerto, para ser los primeros en vender. He ahí el origen de las regatas de traineras que tanto apasionan ahora en todo el litoral cántabro y norte-atlántico.

Fué un origen comercial, como se ve, para presentar los primeros la venta en el mercado. Lay fenicia que más tarde se desarrollaba en las grandes competiciones remeras, porque ¡ay de aquella trai-

EN EL CANTÁBRICO





¡Pero qué magnífico, en cambio, es el sabor de la victorial! Llegar al pueblecillo mariner, portando la bandera victoriosa; ser recibidos con música, cohetes, por el vecindario en masa en la calle, las autoridades y el pueblo en comitiva; la alegría de las sirenas de los vaporcitos, la flotilla anclada en la ensenada; los viejos patrones sonrientes, alegres, mientras el sol declina y en las aguas de la ría la luz pinta también el optimismo del triunfo. Y después, el desfile de las banderas, de todos los trofeos ganados, con las autoridades engoladas al frente; los chiquillos detrás, junto a los "chistularis" y tamborileros en las provincias vascongadas, y a la vera del gaitero y el bombo en las de Galicia.

Todo esto lo he visto muchas veces en Orio, en San Sebastián, en su puerto viejo —reducido y tan pintoresco—, en Pasajes, en Fuenterrabía y en Zumaya, en Guetaria, en Ondárroa y en Lequeitio, en Bilbao, en Pedreña, en la Coruña... Sí, del Cabo Higuer al Finisterre. Porque las regatas de traineras, estas competiciones, son eminentemente cántabras.

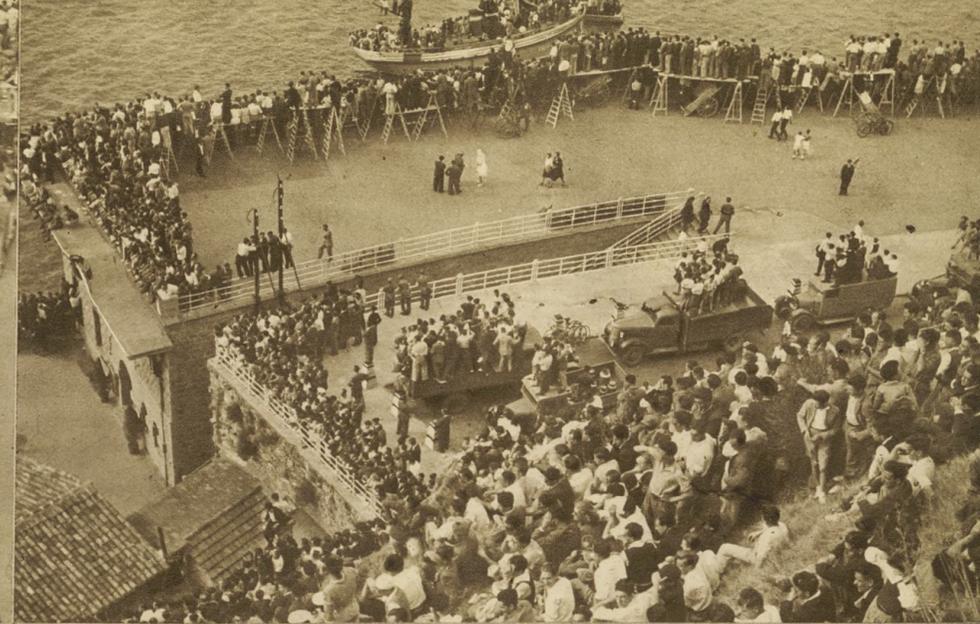
Hay un ejemplo, maravilloso y terrible al mismo tiempo; un hecho rigurosamente histórico, por el cual el lector puede tener una idea de lo que era una regata de traineras en el siglo XIX. Fué en diciembre de 1895:

Un desafío, un terrible desafío entre los puertos de San Sebastián y Ondárroa. Nevaba copiosamente cuando las traineras al mando de Carril (donostiarra) y Beitia (vizcaíno) iniciaron la regata de Lequeitio a Guetaria... 10 millas en línea recta, sobre embarcaciones de 800 kilos de peso, no esas frágiles, aerodinámicas, de hoy, que apenas pesan los 200 kilos. El reto lo había lanzado Ondárroa, y el pueblo en masa se había jugado cuanto tenía: como vulgarmente se dice, "hasta las pestañas".

La regata fué tremenda, seguida por miles de espectadores situados en los puntos más estratégicos del litoral. La nieve no dejó de caer durante toda la prueba. Al principio se adelantó ligeramente la embarcación de Ondárroa, pero a mitad ya del recorrido se había colocado primera la tripulación donostiarra. El público empezó a dudar, pues generalmente se creía que habría de vencer Ondárroa. No obstante, fueron los muchachos de Carril quienes alcanzaron primero la altura de Guetaria y se proclamaron vencedores.

La desilusión en Ondárroa fué enorme, mientras que la parte vieja de San Sebastián festejaba el triunfo de Carril, que aun hoy narran con gran emoción los viejos lobos de mar que la presenciaron.

Se cuenta que en Ondárroa los remeros de esta villa fueron recibidos por las pescadoras con hierros candentes. El patrón, Beitia, tuvo que emigrar y establecerse en el puerto santanderino de Castro Urdiales. Hace tres años, cuando iba a presenciar las regatas de Santander, me detuve unos momentos en Castro. Pregunté por Beitia. Me dijeron que había muerto; pero que aun vivía un hijo suyo, quien no quería por nada del mundo volver a Ondárroa. Gentes malintencionadas dijeron por entonces que Beitia padre se había vendido a sus contrarios en aquella famosa regata entre Lequeitio y Guetaria. Esta es cosa que nadie ha podido confirmar; lo que sí, en cambio, se ha podido demostrar es que Ondárroa se arruinó y que hasta 1915 no volvió a salir a regatear. Y a partir de ese año, tampoco han vuelto los vizcaínos de Ondárroa a participar en una regata de traineras. Todavía hoy se recuerda con tristeza en Ondárroa la derrota de aquel diciembre de 1895.



nera que llegara tarde cuando el puerto estuviera ya abastecido del vulgar, pero sabroso pescado! Yo vi muchas veces en el puerto de La Coruña vaciar en el mar, de donde habían sido extraídas, miles y miles de sardinas... Regata en balde, esfuerzo inútil. Y a esperar. A esperar a que en la nueva competición hubiera más suerte, rindieran más los hombres de babor y estribor.

Pues estas son, ni más ni menos, hoy en día, las regatas de traineras. En lo único que se diferencian de aquellas de antaño es que, en vez de pescar sardinas, lo que se va a pescar es buena cantidad de pesetas, buenos premios que por unos meses harán las delicias de la familia... si es que se gana. Porque, si se pierde, sucede exactamente igual que en los tiempos de la pesca de la sardina: trabajo inútil, gratuito; trabajo costosísimo, porque prepararse para unas regatas de traineras que se celebren en San Sebastián, Bilbao o La Coruña, cuesta muchos miles de duros, varios meses de tener abandonado el trabajo profesional y muchas delusiones.



En las regatas de traineras se juega también el prestigio de los viejos patrones del Cantábrico. Todos los pueblos de la costa, desde el Miño al Bidasoa, y aún más allá de la frontera francesa, por la misma ribera del golfo de Vizcaya, conocen la experiencia y la sabiduría de Miquelena, el de Orio, o de Badía, patrón de los santanderinos de Pedreña. En las "fotos" segunda y cuarta de esta página, vemos a Badía asiendo la bandera de campeón —Pedreña campeón— y al patrón de Orio, saludando con la boina en la mano, a bordo de una vapora. La primera "foto" ofrece una muestra de la expectación que promueven estas regatas. Y en la tercera se recoge el agotamiento físico de la tripulación de una trainera —la de Fuenterrabía, en este caso— al concluir las durísimas pruebas.



Años más tarde, en 1919, la representación de San Sebastián, patronada esta vez por Kiriko, alcanzaba en el Abra bilbaína otra gran victoria. Para este tiempo ya se habían depurado técnicamente los estilos de bogar. Pero existían diferencias en las embarcaciones, que unos puertos construían mejor que otros; imponiéndose, en consecuencia, el cambio de trainera en las competiciones oficiales. Para que no hubiera necesidad de ello, el Ayuntamiento de Portugalete hizo doce lanchas —para la docena de participantes inscritos— de las mismas características, y las sorteó entre ellos.

Esta famosa regata fué por el sistema de eliminatorias. Sucesivamente fueron quedando fuera las tripulaciones más flojas, hasta que se formó un solo cuarteto, del cual resultó vencedor San Sebastián.

En esta prueba de 1919 está el origen de las tres ciabogas —la virada de la trainera, en torno a la baliza, para retornar por las mismas aguas que ha surcado en el viaje de ida— sistema sostenido hasta hoy en Santander y Bilbao, en contra del criterio eminentemente clásico de las regatas de San Sebastián, con una sola ciaboga; es decir, con solo un recorrido de ida, hasta la baliza, y otro de vuelta, hasta la meta de salida, que también lo es de llegada.

* * *

Debe señalarse que quienes mejor han conservado el espíritu de las regatas de traineras primitivas han sido los puertos guipuzcoanos. Y ha sido el Ayuntamiento de San Sebastián —donde desde hace años funciona un experto comité organizador— quien les ha dado forma técnica. Algo parecido a lo que los ingleses han hecho con el fútbol. Las regatas en la Concha de San Sebastián son famosas internacionalmente. Para el veraneo donostiarra representan lo mismo que las carreras de caballos, las tiradas de pichón o el viejo circuito automobilista de Lasarte. Ha sido un acierto del municipio donostiarra conservar el espíritu antiguo de estas justas que se vienen celebrando anualmente en el mes de septiembre en el magnífico escenario de la bahía de San Sebastián.

Estas regatas son, como ya he dicho antes, de ida y vuelta, de una sola ciaboga. Constituyen verdaderas regatas en mar libre, de mar abierto, ya que donde se decide la victoria es después de la barra de la bahía donostiarra una vez que las embarcaciones han traspasado la línea trazada por los dos mojones que son los montes Igüeldo y Urgull. Para comprender este regateo conviene explicar que las salidas de la bahía de la Concha hacia mar abierto están dominadas, a la derecha, por el Monte Urgull y, a la izquierda, por el Monte Igüeldo, quedando en medio la isla de Santa Clara. De estas posiciones —que los técnicos regateriles donostiarras llaman "puntas"— hacia adelante, todo es mar libre. El recorrido es de tres millas —que son 5.556 metros— y para efectuar el viraje se colocan, con arreglo a una enfilación escrupulosamente estudiada; tres, cuatro o cinco botes, que delimitan las calles a lo largo de las cuales debe regatear cada trainera según el sorteo que se hace el día anterior. En cada bote se coloca una bandera, y es indispensable que la trainera efectúe el viraje o ciaboga en torno a la que le ha correspondido en el sorteo, lo mismo que la llegada ha de efectuarla por la misma calle que tuvo a la salida. Si no cumple estos requisitos, la embarcación queda descalificada.

Las calles o balizas tienen importancia capital en el desarrollo de las regatas en la Concha donostiarra. A quien le toca la última baliza —la que está al lado de la isla de Santa Clara— suele causarle bastante desilusión este azar. Y no es para menos, ya que en esta parte las corrientes son más fuertes, menor el calado y las rocas más próximas. Por eso, la mejor baliza es la que queda en

(C O N T I N U A E N L A P A G I N A 5 6)

afirma que el monumento allí reproducido se eleva en la "ciudad de Eibar (Guipúzcoa)", siendo así que dicho monumento se levanta en realidad en el barrio de Bolívar, término municipal de Cenarruza (Vizcaya), con la particularidad de que así lo dice el propio texto de mi artículo, en un párrafo reproducido en la misma página. Cuando yo remití la fotografía para su publicación con el artículo, indiqué también el lugar donde se encuentra, que no es el mismo—como puede verse—que el que su pie declara.

En segundo lugar, entre los párrafos de mi original que no han sido publicados, figura uno que encierra el nombre de un autor y el título de un libro suyo, del que hago dos largas citas. La segunda de ambas, al referirse (por no reiterar los nombres) a "este mismo autor", parece remitir al lector al P. Suárez, muerto en el siglo XVII, siendo así que en las líneas que transcribo se habla de acontecimientos producidos en el siglo XIX, con evidente anacronismo y con imperdonable omisión del nombre de quien es verdadero autor de las líneas en cuestión, no otro que el actual profesor de la Universidad de Sevilla D. Manuel Jiménez Fernández, en su libro "Influencia de las doctrinas populistas en la independencia hispanoamericana". Quede, pues, aquí constancia de la paternidad auténtica del párrafo a que me refiero.

Esperando que las presentes líneas puedan disipar toda duda y confusión de los lectores de su excelente Revista, y agradeciéndole muy sinceramente la magnífica presentación que ha dado a mi trabajo, le ruego acepte, señor Director, el testimonio de mi consideración más distinguida.

Suyo affmo. s. s., q. e. s. m.,

JOSÉ MIGUEL DE AZAOLA.

* * *

Sr. Director de la Revista MVNDO HISPANICO

Madrid.

Muy distinguido señor:

Después de haber visto la luz cinco números, y no antes, es decir, de estar trazado ya el pentagrama de la excelente publicación que es MVNDO HISPANICO, me atrevo a dirigirme a usted para exponerle unas breves y modestas sugerencias en relación con la Revista, ahora que, una vez nacida con tal seguridad, va a empezar la melodía de su madurez.

En toda obra del hombre sobra y falta. Cuando la obra es continuada, la falta se puede ir sub-

sanando; pero es preciso un criterio selectivo y depurado para robar terreno a la maleza, o a lo que menos produce, y cultivarlo en ventaja de fruto e intereses. Si MVNDO HISPANICO quiere ser—y demos gracias abundantes a Dios porque nos deparó su hora—una cita de vientos de hispanidad, la palabra clara de este resurgir de nuestra cultura, la ventana y el beso de nuestra cálida sangre, es preciso hacer cada día más grave a la Revista. Gravedad que es perfectamente compatible con una sutilidad de encaje en su prosa y una abundancia de bella fotografía en su ilustración. Porque, señor Director, para que yo, un murciano, me sienta querido y entrañado a mis hermanos de España y América por la Revista, he de ver publicado en ella un estudio serio y hondo, que no anula lo amable y cordial, de mi tierra y mi pueblo, sus costumbres, usos, paisajes, gestos y maneras particulares de ser y vivir. Y así, para que yo comprenda mejor y ame más a un argentino de la Pampa, a un asturiano o a un peruano de los Andes, cito como ejemplo, necesito un trabajo igualmente preciso y definido. Y esto con sistema. Siguiendo en cada número un orden determinado, que podría ser—lanzo sólo una opinión personal—una región o comarca española y otra americana. El estudio de la "geografía humana", primero de campos, aldeas y ciudades pequeñas, luego de grandes urbes, sería más importante que el de la geografía física o simplemente urbana.

Tras eso ya podían venir las interpretaciones filosóficoliterarias de hombres y ciudades, como ese magnífico "Elogio y nostalgia de Toledo", de G. Marañón, que publicó la Revista en su número 5; la expresión adecuada y compleja de la producción espiritual y material de los países hispanicos; la anécdota cotidiana de momento político o histórico; etc. Pero siempre sin posponer, y menos olvidar, el completo conocimiento del hombre tipo o cifraviviendo enmarcado en su "ambiente"; ya que, si la pericia es pasajera y una o desata con lazo fácilmente rompible, lo que hace referencia a la entraña del hombre es permanente, y lo permanente marca su sello a fuego.

No sé si habré conseguido aclarar mi preocupación y si ésta merece o no el honor de significar algo; pero, de todas formas, créame siempre, señor Director, un entusiasta de MVNDO HISPANICO y defensor de lo que él representa: el abrazo en letra de molde, más que de pensamiento a pensamiento, de alma a alma de los españoles e hispanoamericanos que vivimos con dolor y amor la verdad de nuestro común sentido en el mundo.

Siempre de usted afectísimo seguro servidor

F. M MIRETE.

EL LEON ESPAÑOL, A LA IZQUIERDA

(VIENE DE LA PAGINA 40.)

Porque difícilmente explicable resulta a veces que un pueblo rodeado de tantas lenguas distintas, con misioneros que creyeron conveniente atajar por lo vernáculo, haya conservado el español que conserva.

Más lejos de la metrópoli que los pueblos sudamericanos, no hubo suficiente población de españoles que absorbiera los dialectos y lenguajes nativos. Los comercios de Malaya, Indonesia y China no ayudaban, como es lógico, la difusión del castellano. La nao de Acapulco no era suficiente. ¡Gracias que los colegios y Universidad sostenidos por los religiosos conservaron y propagaron la lengua patria entre la gente estudiosa!

El resultado es una babel, tal vez la más interesante del mundo en diferencias dialectales. La enseñanza universitaria, oficial y privada, es obligatoria en inglés, por la simple razón de que todas las escuelas primarias y de segunda enseñanza preparan a los alumnos en inglés. El pueblo habla su dialecto, tagalo, visaya, pangasinán, ibanag, etc. La mesticería, parte del mundo intelectual y político y los círculos de selecta sociedad usan el castellano, entreverado de giros y palabras inglesas o dialectales.

Lo admirable, lo maravilloso, es que a tantos miles de leguas, entre tanta confusión, se haya mantenido y se mantenga el castellano como al presente.

Y es que el alma filipina, siempre que ha buscado sinceridad, se ha encontrado con España. Ahí está la alta paradoja de Rizal. Amores y odios, plegarias e imprecaciones, poesía y ciencia, le brotaron en limpio castellano. Y no por falta de lenguas, que tagalo había mamado y poliglota eximio fué. Al terminar en plena lucha, lloró y rezó, volviendo a Dios, en español.

Cuando poco ha un profesor, el Dr. E. Alip, pedía que se estableciera una "cátedra de Rizal", proclamaba, aunque lo hacía en inglés, la urgencia sentimental e histórica de la lengua española en el mundo estudiantil filipino.

Decía Maeztu que el espíritu de un pueblo está constituido de tal modo, que cuando deja de defenderse se desmorona. ¡Ay el día que desaparezcan los paladines mantenedores del castellano y lo que ello significa en el alma de Filipinas! ¡Ay si no dejan bien hincada en el afán de sus hijos esta herencia vital! Filipinas sentirá que se le enfría algo que llevaba muy hondo, y llegará la horrible, la tristísima pesadumbre de no entender sus propios archivos, donde duermen su historia y su alma nacional.

Cuando se oiga en Filipinas (¿se ha oído ya?) que se prefiere el anuncio luminoso a los versos de Claro Ma. Recto o la tractora y los botes de carne en conserva, el ansia de Rizal, "qué bello, Madre, morir por la luz", es que su espíritu empieza a estar en quejebra y a derrumbarse. Si no ha de haber preferencias entre vivencias de distinto plano, que todo se ha de abarcar por la Patria, no hay que olvidarse de que el espíritu es lo primero, y que si se gangrena, hasta la unidad política corre el riesgo de perderse, deshaciendo la psicología nacional en egoísmos propios o extraños.

Y Filipinas ha sido, es, espíritu selecto, vanguardia de todo el Oriente, en la ruta de luz hacia Dios.

La Religión Católica es para el Archipiélago no sólo guía, sino vínculo político, pues la Religión fué el primer abrazo que unió a sus hombres, que los juntó en Patria.

Hoy existe una tradición familiar sanísima, un concepto de la mujer excelso, un vibrar religioso profundo. A pesar del blando Oriente. A pesar del aluvión de Occidente. Quiérase o no, ahí está el fenómeno.

Distante de España, de Sudamérica, colgado en plena alma de Oriente, hay un nido de Hispanidad.

Si a alguno se le ocurre pensar en el cervantino "señores, vámonos poco a poco, pues en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño", creo que se equivoca. Se equivoca e injuria a Filipinas.

Pues si el espíritu de la Patria es Ley, Idioma y, sobre todo, Dios, y estos pájaros se le vuelan, es que Filipinas habrá dejado escapar su propio espíritu.

América pasó dejando Packards, minas, dólares, jazz y cocacola.

España se fué dejando catedrales y universidades y María Claras.

Filipinas se ha ganado su libertad y se levanta con ímpetu prócer de nación independiente. ¡Dios la guíe para adunar mesurada, jerárquicamente, estas dos bandas de remos en su bogar por la Historia!

Y mientras tanto, el aliento de Hispanidad, de Castilla, que vele fraternalmente su ruta. Yo me sé unos sitios, allá, bajo los calachuche del que fué cementerio de Paco, entre huesos filipinos y españoles, o sobre el fuerte de San Antonio, de cara a Mariveles y a Corregidor, donde todos los atardeceres llega la salmodia de un coro lejano; llega en una Nao de Acapulco, ideal, plena de voces hermanas que vienen a invitar a esta benjamina de la Hispanidad a cantar al Dios ausente del bárbaro mundo internacional, que no ve ni entiende más que los egoísmos.

Y el ángel de las Islas que ronda sobre las ruinas de intramuros la herida torre de San Agustín, clama a todos los espíritus abiertos todavía a lo Ideal:

—Ley, Idioma y Dios me hicieron Filipinas. Tengo ser. Y mis islas, verde orfeón fantástico, se han puesto a cantar por estos mares de Oriente, sobre todas las razas, el himno de Fe, de Amor y de Esperanza que un día les enseñó Hispania.

F. M U Ñ O Z H I D A L G O , O . P .

REGATAS DE TRAINERAS

(VIENE DE LA PAGINA 18)

el extremo derecho, junto a Monte Urgull. Por esta calle. Pasajes de San Juan estableció, hace ya muchos años, el récord absoluto de todas las regatas de traineras.

* * *

Las regatas de Bilbao tienen otra fisonomía muy distinta. Generalmente se celebran en aguas quietas, en donde se pone menos de manifiesto la pericia marinera de los remeros y, sobre todo, la del patrón. Tienen lugar en la ría, bajo el puente colgante—escenario corto—, o bien en el puerto exterior—aguas algo más movidas, pero sin ser mar abierto—, y siempre con tres ciabogas o virajes; es el mismo recorrido de los cinco kilómetros y medio largos, pero divididos en cuatro partes.

Exactamente las mismas características de escenario y recorrido tienen las regatas de traineras en Santander y La Coruña. Aguas tranquilas, de interior de bahía, y recorrido corto, que es preciso andar cuatro veces para totalizar las tres millas, imponiéndose, en consecuencia, las tres ciabogas en torno a las balizas.

* * *

Las condiciones peculiares de cada cancha se reflejan directamente en la técnica que en ella emplean los contendientes. Este, que es un principio fijo en todo deporte, en el de las regatas de traineras no puede fallar. Para remar en los puertos de Bilbao, Santander o La Coruña se emplea un estilo de boga distinto, completamente opuesto al usado en la bahía y mar abierto de San Sebastián. Así, en la capital de Guipúzcoa precisa una remada larga, profunda, donde juegan principalmente los riñones, usando una embarcación de más kilos; mientras que en los otros tres lugares conviene una remada corta, de antebrazo, y con embarcación ligera.

Este fué el golpe de Pedreña—santanderinos—, los actuales campeones de España, que conquistaron el título en aguas muertas, pero que fracasaron siempre cuando disputaron el título nacional con el Cantábrico incomodado.

Los de Pedreña fueron los creadores de la trainera que ahora se estila, con un peso máximo de 200 kilos, muy fina de líneas, aerodinámica, en contraste con la que se estilaba en Guipúzcoa—de 400 kilos—, de acuerdo con la tradición marinera de la pesca en mar abierto. Cuando Pedreña, y antes Peñacastillo—ambas, cuadrillas santanderinas—, se enfrentaron en San Sebastián con las cofradías guipuzcoanas, ganaron solamente una vez, con la mar en calma chicha. Posteriormente y repetidas veces fueron batidos, porque el mar no les ayudó, presentando una superficie anormalmente lisa. En cambio, en Bilbao se impusieron siempre—en los últimos años—los remeros montañeses. Y la vez que en Santander, en mar libre, en el Sardinero, se celebró el Campeonato de España—el de 1946—, Orio, con un mar embravecido y contra todos los pronósticos, ganó en punta la regata, llegando segundo Pedreña, que un cuarto de hora antes de comenzar la prueba aceptaba apuestas con el dinero a su favor en la proporción de 100 a 65.

Todo esto viene a demostrar que tanto Orio como Fuenterrabía—los dos puertos guipuzcoanos con mejores marcas en los últimos años—son superiores en mar libre a santanderinos y vizcaínos. El lector juzgará qué es lo que tiene más mérito: si remar en mar libre o hacerlo en un estanque. El que firma estas líneas se queda, indudablemente, con lo primero, que considera más potente, más rudo si se quiere...; pero las regatas de traineras son de traineras. Hacer las embarcaciones más frágiles, más ligeras...; ¡para eso están las yolas!

(TERMINA EN LA PAGINA SIGUIENTE)

REGATAS DE TRAINERAS

(VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR).

Se ha dicho que una trainera de hoy pesa aproximadamente 200 kilos. Va tripulada por trece remeros y patrón, teniendo un delicado trabajo, por marcar el ritmo e intervenir eficientemente en el viraje, el popel, al lado del patrón, y el proel, sobre todo este último. Famoso proel ha sido Ingacio Sarasua, de la "cuadrilla" de Orio, que estuvo a punto de conseguir el campeonato del mundo de esquife en la Olimpiada de 1936.

* * *

Cuando en 1943 se dió estado oficial a las regatas de traineras—ya antes, como hemos dicho, tenían su sabor popular y sus reglamentos especiales—, la Federación Española de Remo, adherida al Consejo Nacional de Deportes, se propuso montar los primeros campeonatos nacionales, cuya primera edición cristalizó al año siguiente; pero el interés de los mismos había nacido con el duelo Orio-Pedreña.

Efectivamente, Orio ganaba una bandera en San Sebastián, computados los tiempos de las dos regatas—en la Concha se celebran dos pruebas en dos domingos sucesivos—, y los cronistas deportivos titulaban sus informaciones con "Orio, campeón". Pero resulta que en el mismo mes, Pedreña, en Santander, realizaba una marca bastante más baja—el récord de las tres millas hemos dicho que lo ostenta Pasajes de San Juan con 19 minutos y 17 segundos en 1923—, y los colegas montañeses tomaban a broma las afirmaciones de los periodistas guipuzcoanos. Claro que Orio había realizado la regata en mar abierto, mientras que Pedreña lo hacía en la bahía. Y esto fué lo que dió origen, primero, a una regata del Cantábrico para la supremacía del mismo, que ganó Orio, y después, en 1944, al primer Campeonato de España, oficialmente controlado por la Federación. Se corrió en septiembre, en la ría de Bilbao, una tarde lluviosa. Venció Pedreña, clasificándose a 3 segundos; después, Orio.

En 1945 se celebró el II Campeonato en San Sebastián. Mes de septiembre y mañana lluviosa, con mar dura. Le tuvieron miedo al Cantábrico Pedreña y Sestao, que juntamente con San Sebastián y Fuenterrabía habían de disputar la regata. Los delegados de Pedreña y Sestao alegaron "que el mar no estaba en condiciones y que podían naufragar las traineras", y se retiraron. El Jurado dió la salida a las dos embarcaciones guipuzcoanas, que lucharon contra viento y marea. Fué una regata de patrones, hundiéndose las traineras en el mar para salir impulsadas a flote por las olas. Yo seguí embarcado aquella regata, en la que se marearon todos, incluso el fotógrafo, que había cruzado seis veces el Atlántico... Ganó San Sebastián, con un tiempo que da idea de cómo estaba el Cantábrico: 25 minutos, 55 segundos, 3/5. (Compárese este tiempo con el obtenido por Pasajes de San Juan, ya mencionado.)

El III Campeonato de España se celebró en aguas libres del Sardinero (Santander). Participaron Coruña (modérrima tripulación que se señalaba como víctima propiciatoria), Sestao, Orio y Pedreña. Esta última era favorita, y en las apuestas se daba 100 a 50 a que Pedreña les sacaba un minuto a los gallegos, y 100 a 65 a que Pedreña llegaba antes que Orio. Equivocación rotunda, porque ni Pedreña estuvo delante de Orio, ni tampoco le sacó el citado tiempo a La Coruña, que ciertamente fué última, pero con honra, ya que regatearon con una trainera que pesaba 100 kilos más que las otras, y en la que se daba la nota pintoresca de que los toletes eran de hierro.

Venció Orio (Guipúzcoa) por la sabia dirección de su patrón, el veterano Domingo Michelena. En segundo lugar se clasificó Pedreña, a siete segundos del primero; tercero, Sestao, y cuarto, La Coruña. Este campeonato, en mar libre, fué a una sola ciaboga, igual que el de San Sebastián, y no a tres, como el primero disputado en Bilbao.

Y en 1947, esta vez en el abra vizcaína y no en la ría, tuvo lugar la cuarta competición. Pedreña, Sestao, La Coruña y Peñacastillo se clasificaron por este orden, después de las cinco millas y las tres ciabogas. Fué éste el gran año de Pedreña, ganando todas las regatas—excepto las de San Sebastián, en las que, por una determinación absurda, no se le dejó participar—en que tomó parte.

Resumiendo los cuatro campeonatos, se comprobará que:

- 1.º Pedreña, especialista en ciabogas, es superior a los guipuzcoanos en bahía, en mar quieta.
- 2.º Que la supremacía en mar abierta ha quedado demostrada por las victorias de Orio y San Sebastián.
- 3.º Que Sestao (Vizcaya) ha tenido gran regularidad en los tres últimos campeonatos.
- 4.º Que La Coruña, un puerto nuevo en estas competiciones oficiales, va a más. Hay nervio y bravura en sus hombres, pero existe una gran desorientación técnica.

* * *

Guipúzcoa quizá sea el país en que más se apuesta. Por quitarme o no esta paja se cruza la traviesa más peregrina: desde una cena, un chiquito, hasta 50 duros. Conviene recordar que Guipúzcoa es el país del frontón.

Pero no sólo se juega el dinero por Atano III o Jesús Abrego. También, y quizá en mayores proporciones, por el forzado Echániz o los "arrantzales" de Orio. Los "arrantzales" son los remeros de Pasajes, San Sebastián, Guetaria, Zaráuz, Fuenterrabía... o cualquiera de los pueblecillos costeros. La noche precedente a las regatas de la Concha no hay quien duerma en la parte vieja. Es un gran espectáculo. En las esquinas, en el portalón del muelle, se oyen los pregones: "Sien a cincuenta a favor de Orio"; "Fuenterrabía sinco a que si a Pedreña"; "Donosty segundo a que sí"; "Dies segundos el primero a que no..." Y toda una serie de enunciados a cada cual más complicado...

Después, a la madrugada, San Sebastián se duerme. Se duerme en la Concha, mientras poco a poco surge la eclosión cándida de la mañana. Entonces empiezan a afluir los "caseros", las gentes de la provincia con sus mochilas bien repletas y sus botas de vino atosigadas de tinto de la Rioja; los autobuses del Baztán, del Duranguesado, de Navarra..., de Vizcaya, de Alava, y los veraneantes... Y así, lentamente, el monte Urgull y el Igueldo, la isla de Santa Clara, la barandilla de la Concha se cansan de aguantar a doscientos mil espectadores. ¡Ah!, y los vapores, que tienen envidia de no poder competir con las traineras.

Habrán espectáculos deportivos maravillosos; regatas de traineras como las de la Concha, ninguna.

Y al mediodía, después que el mástil del Náutico haya anunciado con los colores de las respectivas tripulaciones la clasificación de la prueba, desfilarán hacia el Ayuntamiento los miles de aficionados que todavía quieren ver ondear la bandera del ganador, distinción máxima del que consigue vencer en las dos regatas.

Otros miles desfilarán por lo angosto de lo viejo para matar "sus penas". Que en las regatas de la Concha se juegan millones de pesetas, caseríos, vacas, bueyes, carneros... Hay pueblos que se arruinaron un año. Al siguiente recuperaron lo perdido o perdieron más, según las vicisitudes de sus favoritos. Pero se juega, se juega, y la vida sigue igual, completamente normal, como si no hubiera pasado nada, y siempre esperando, anhelantes la próxima regata, de la que se habla durante el año y sólo se celebra en dos días.

PORRIÑO

DEL VIAJE DE FLEMING A ESPAÑA



EL viaje del profesor Fleming a España se debió fundamentalmente a la invitación que, a mediados del año 1947, le fué hecha por el Hospital Municipal de Enfermedades Infecciosas, de Barcelona, con objeto de pronunciar un ciclo de conferencias sobre temas de Bacteriología en la expresada capital. Es éste un importante detalle que probablemente ignorarán algunos lectores, para los que el desplazamiento de tan ilustre investigador no fué más que una preconcebida jira turística de singular significación.

Nada de esto. El desplazamiento de Sir Alexander Fleming a España se inspiró en una finalidad estrictamente científica y dentro de las normas propias de una invitación de carácter particular. Es muy interesante consignar este hecho, porque otorga un extraordinario valor a las espontáneas pruebas de afecto y admiración, en ocasiones verdaderamente impresionantes, con que el pueblo español significó su entusiasta homenaje a uno de los hombres que de un modo más efectivo ha laborado por el bienestar de la Humanidad en lo que va de siglo.

La invitación que, como director del Hospital de Enfermedades Infecciosas, de Barcelona, hice al profesor Fleming, fué acogida por éste, desde los primeros momentos, con una evidente simpatía.

El Ayuntamiento de Barcelona, siempre sensible a las manifestaciones de alto sentido cultural, declaró inmediatamente huésped de honor de la ciudad condal al gran bacteriólogo británico, a quien colmó de las máximas atenciones y delicadezas oficiales durante los diez días de su permanencia en Barcelona.

En el Hospital Municipal de Infecciosos de dicha capital pronunció tres magníficas lecciones sobre otros tantos temas, en cada uno de los cuales se proyecta un momento culminante de la formidable labor bacteriológica realizada por Fleming en su dilatada vida de investigador.

La primera de dichas conferencias versó sobre "Algunos aspectos de las heridas sépticas", maravilloso estudio sobre el poder terapéutico de diversos antisépticos químicos y sobre su peligrosidad o inutilidad en determinadas circunstancias. Tal estudio se emprendió durante la primera gran guerra europea y fué continuado tesoneramente en años ulteriores, y ha sido pródigo de enseñanzas para la correcta utilización de los antisépticos en las heridas infectadas. La segunda conferencia fué dedicada al "lisoizima", sustancia normalmente contenida en diversos humores orgánicos, tales como las lágrimas, moco nasal y bronquial, saliva, etc., poseedora de un poder bactericida natural contra numerosos gérmenes, y gracias al cual nuestro organismo se defiende con éxito, y por modo espontáneo, contra las incontables infecciones que de ordinario nos acechan. El descubrimiento y la descripción de las propiedades del "lisoizima" corresponden integralmente a Fleming. Finalmente, la tercera y última conferencia versó sobre la utilización terapéutica de su gran descubrimiento: la penicilina, que tantos millones de vidas ha salvado y continuará salvando. La magnífica y precisa exposición de las efectivas propiedades terapéuticas de la penicilina y de su fructuosa utilización en la práctica, tuvo todas las características de una magistral lección de cátedra plétórica de buen sentido.

En Barcelona inauguró personalmente el Departamento de Investigación que el Ayuntamiento ha construido en el recinto del Hospital de Infecciosos. No es éste el lugar para glosar la magnificencia de este Instituto, dedicado a la investigación, con características tan peculiares que permiten considerarlo como una realización extraordinaria. La solemnidad del acto inaugural se vió prestigiada por el discurso que el profesor Fleming pronunció en esta ocasión. La Real Academia de Medicina de Barcelona le nombró, a título excepcional, Académico de Honor, en una brillante sesión, y la Universidad se vió asimismo honrada con una conferencia sobre "El éxito", de profundo y agudo sentido filosófico.

Tras Barcelona, fué Sevilla la capital española que tuvo señalado empeño en honrar la relevante figura de Sir Alexander Fleming. Esta invitación fué acogida con gran agrado por dicho profesor, que no desconocía, por referencias verbales y literarias, los singulares encantos de la bella capital andaluza. La Real Academia de Medicina de Sevilla organizó un brillantísimo acto, en el que se concedió al profesor Fleming el título de Académico de Honor, con imposición de la áurea medalla de la Corporación. En dicha ceremonia leyó un interesante discurso sobre la "Historia de la penicilina", en el que se señalan las fases por que pasó su trascendental descubrimiento hasta alcanzar su definitiva eficacia terapéutica.

Finalmente, y como remate de su viaje por España, Sir Alexander Fleming dedicó la última etapa a Madrid. El Ayuntamiento de Madrid, como lo hicieran antes los de Barcelona y Sevilla, declaró huésped de honor de la capital al ilustre visitante. De su estancia en Madrid resalta como acto de excepcional importancia y solemnidad la investidura de doctor honoris causa de la Facultad de Ciencias, impresionante ceremonia de imborrable recuerdo para cuantos la presenciaron, y todavía más para su ilustre protagonista. El soberbio discurso-biografía pronunciado por el profesor Bustinza en ocasión de dicha solemnidad; el emotivo parlamento del Magnífico Rector, D. Pío Zabala, y las sentidas y vibrantes palabras del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, al conceder a Mr. Fleming la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, dieron a tan brillantísima ceremonia universitaria una afectuosa cordialidad que desbordó ampliamente los rígidos cauces del protocolo.

Hasta aquí lo que podríamos llamar significado científico del viaje de Fleming a España; pero esta breve exposición sería realmente incompleta si silenciaráramos aquellos otros aspectos de fino sentido humano con que el pueblo español, con noble y generosa espontaneidad, supo adornar dicho viaje hasta impresionar profundamente el espíritu del gran investigador inglés, saturado ya de honores, recepciones y homenajes universales. Las pruebas de afecto y simpatía recibidas del pueblo español fueron algo insólito para Sir Alexander Fleming, y de ello dió fe, no solamente en sus impresiones privadas, sino también, en forma solemne, en el bello brindis pronunciado en la gran cena de gala ofrecida por el Ayuntamiento de Barcelona en su hermoso Salón de las Crónicas, decorado por Sert, y en las sentidísimas palabras de despedida que pronunció tras los micrófonos de Radio Nacional de España, al abandonar Madrid de regreso a Inglaterra.

Fueron constantes y sinceramente afectuosas las manifestaciones de devoto agradecimiento recibidas en las tres capitales de parte de cuantos debieron a la milagrosa penicilina el preciado don de la salud. No es posible entrar en detalles anecdóticos, de los que hemos sido testigos y cuya fuerza emotiva es sólo capaz de crear el pueblo español, sensible como nadie a la bondad, sencillez y generosidad que tan sabiamente se funden en la recia personalidad del profesor Fleming.

Desde un punto de vista turístico, tenemos la convicción de que España ha dejado en el alma del profesor Fleming una profunda huella, que ha sido labrada por los más variados e intensos contrastes: de un lado, el Monasterio de Montserrat, con su impresionante austeridad y severa liturgia benedictina; de otro, la exuberante sensualidad andaluza, plasmada en su ambiente, sus bailes, en sus imágenes, en su incomparable Giralda, y, finalmente, la esplendorosa y suprema manifestación de arte representada por el Museo del Prado, único en el mundo. Y junto a todo esto, el sol, la alegría, el afecto y estima de todo un pueblo, comprensivo como pocos y sensible como ninguno.

Nada refleja mejor la intensidad de las emociones recibidas que las palabras del profesor Fleming, al comentar las bellezas de nuestra Patria: "Me apesadumbra pensar que, de todas estas gratas impresiones que experimento, no será posible conservar en mi recuerdo toda su plenitud, tal como en este momento la siento."

De cómo Sir Alexander Fleming quiere a España, bastan las palabras que extracto de una muy reciente carta, por nosotros recibida, de tan ilustre profesor: "I hope my visit was useful in Spain. I will try to impress on my countrymen your friends feelings" (Espero que mi visita haya sido útil para España. Procuraré infundir en mis compatriotas sus sentimientos amistosos).

58

LA REVISTA DE 23 PAISES

58